

Valseando

Fernando de Trazegnies Granda

Profesor de Filosofía del Derecho de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú

"¡Ay! Acuérdate, Hermelinda, de esos tiempos pasados...". Las palabras se le escaparon de la boca casi como un susurro y empañaron el cristal de la ventana del viejo taxi. No estaban dirigidas a nadie sino a él mismo. Hermelinda había muerto muchos años atrás. Pero para Felipe era como si siguiese a su lado, como si lo acompañara ahora, trotando de bache en bache por las calles de Lima, con la cabeza cariñosamente apoyada sobre su hombro. Se acomodó para que Hermelinda estuviera más confortable y el asiento crujió. Un maldito resorte hundió una retorcida rebelión en su nalga derecha. El taxi culebreaba a gran velocidad entre el disparatado tráfico, mientras Felipe observaba obsesivamente la calle. Pero su mirada, como un pajarillo nervioso, no se posaba en ninguna parte. Es que en realidad no le interesaban para nada esos transeúntes de caras graves que salían de sus oficinas, luego de un día de trabajo, fatigados pero con la satisfacción de haber hecho algo de bueno en la vida. ¡A la mierda con ellos! Simplemente miraba la calle con el propósito de apoderarse de ella, de retenerla, de conservarla cuando menos en imagen; quería evitar que las cosas desaparecieran a medida que el coche avanzaba.

El taxi frenó abruptamente para evitar un choque con un "escarabajo" rebosante de pasajeros que cruzó la pista sin ninguna contemplación. Carajo, ¡sería el colmo que un día como hoy terminara con un accidente automovilístico! Pronto el taxi retomó su marcha alucinante, al esquivar de los autos que encontraba en su camino, como un jugador de fútbol que lleva la pelota hasta la meta sobrepasando con violentas torsiones de cintura a sus contrincantes. No, definitivamente, después de haber oído lo que había oído esa tarde, no podía resultar involucrado en un estúpido incidente callejero. ¡Habrás visto! El motor del auto ronroneó perezosamente ante el estímulo atorrante que le impartía el taxista con el pedal. Afuera, la fina lluvia limeña desfiguraba las calles y envolvía a los transeúntes con un vaho húmedo y soñoliento. Las ventanas se empañaron y Felipe sintió un escalofrío. No soportaba sentirse encerrado. Limpió afanosamente el vidrio con la manga de su saco a fin de recuperar el mundo, un mundo que se le escapaba a cada instante.

Sí, acuérdate Hermelinda de esos días que fueron felices, cuando yo no tenía en la vida otro propósito que divertirme. A pesar de tus protestas, me reunía todas las noches con los amigos del barrio y nos íbamos a tocar y cantar en los jardines de la Magdalena. Pedro y Pepe en las guitarras, el zambo Lucho con su cajón y yo era la primera voz, la estrella del grupo, a quien todos querían escuchar, a quien todos llamaban de mesa en mesa para que les cantara una canción.

¡Ah, qué tiempos! A las ocho de la noche me ponía mi terno claro, pantalones al tubo y una corbata floreada. Poco después escuchaba el silbido de los amigos bajo mi ventana. Tú me decías que no fuera, que me quedara contigo esa noche, todas las noches. Pero yo no te hacía caso. El arte ante todo; y me iba con la patota que, instrumentos en la mano, asumía la dignidad de un "conjunto criollo". Pero, ¡un momento! No puedo olvidarme de mis anteojos negros. Tengo que ir a buscarlos: no se puede cantar música criolla sin anteojos de sol, aunque sea de noche, en la media luz de una peña. Ya los tengo, vamos ahora.

Los cuatro casi llenábamos un colectivo a la Magdalena. El automóvil recorría la Avenida del Brasil, quejándose en cada hueco de la calzada, mientras en la radio un gritón, pobremente acompañado a la guitarra, pedía: "*Vengan copitas de licor sano, vengan copitas sin dilación*". ¡Qué mal gusto tienen los choferes de taxi! No entienden nada de música, todo lo que quieren es un poco de ruido que los acompañe en su ambulante soledad. Pero al llegar a la peña beberíamos efectivamente unas copitas de buen pisco, seco y volteado, como lo toman los hombres, para entonar el espíritu y mejorar la voz. El colectivo nos dejaba a dos o tres cuerdas de esa pequeña zona de ciudad donde se agolpaban las peñas criollas y los restaurantes-jardines. Nosotros entrábamos sucesivamente en todos los locales: no dábamos exclusividad a nadie. Todos tenían un aspecto similar. En todos había a la entrada un bar, frecuentado por gente joven que hacía mucho escándalo. Ahí nos reuníamos los del oficio dispuestos a rompernos por las propinas, y cuatro o cinco borrachos consuetudinarios ampliamente conocidos por la casa. Los mozos salían de la cocina con los platos de comida humeante, atravesaban el bar con mucha prisa y llevaban sus manjares al patio donde, bajo las pérgolas cubiertas por parras cargadas de sabrosos racimos, estaban las mesas de los comensales, iluminadas por velas, entre macetas de helechos y jardineras de geranios.

En la mesa central, un calvo un tanto desencajado, con cara de antiguo empleado de Banco, discursaba copa en mano festejando el cumpleaños de la abuela quien, rodeada de hijos y nietos, miraba con aire complacido todas esas ramas de familia que había abierto con los entusiasmos nocturnos que le había despertado en su tiempo el abuelo. Un poco más allá, una parejita muy tomada de la mano celebraba su aniversario de matrimonio. Y, en la mesa más apartada, en medio de la penumbra del rincón, un gerente afanaba a su secretaria con una insistencia digna de jugador de fútbol de la Alianza tratando de meter esa noche un gol por donde pudiera y como pudiera.

Y nosotros éramos los reyes del lugar. Pasábamos de mesa en mesa, cantando a cada quien algo que le tocara el corazón, que le hiciera recordar un amor de juventud, que le hablara de ese ayer que ya no volverá pero que siempre podemos evocar o del mañana que nos invita a soñar. ¡Qué cuesta abrir una ilusión, reavivar un sentimiento que casi parecía olvidado en el desván de la vida! Solamente una propina para los cantantes criollos. Sabíamos que nuestro negocio era vender ilusiones y nos gustaba hacerlo. En verdad, la propina era solamente una forma de tomar otro pisco para calentar el alma. La verdadera paga era la satisfacción de que nuestro arte hubiera conmovido al oyente. Y estábamos muy atentos a las señales más sutiles de que habíamos dado en el blanco. *"Entre libros y entre cosas de otros tiempos, encontré una carta tuya que decía: 'Eres tú mi vida, mi única ilusión, pues sin ti no late ya mi corazón'"*; y la viejita rodeada de sus nietos bajaba tímidamente la vista para que no se notara la lagrimita que comenzaba a rodar por su mejilla. *"Me encandiló tu mirada, con su suave madrigal; fue tu boca nacarada, blanco lecho virginal"*; y el joven esposo -¡un año de matrimonio!- acariciaba delicadamente el brazo de terciopelo de su joven esposa y le decía con la mirada: "¡Así fue, así fue! Yo no sé decirlo tan bellamente, pero él lo dice por mí". Y yo me sentía orgulloso de poder expresar lo que los otros sienten.

Claro que a veces se producían incidentes. Un día, a un sesentón de cara amargada, sentado al lado de una cincuentona con la que no había hecho el amor desde que allá en su juventud tuvieron el último hijo, le canté: *"Corazón sin amor, corazón muerto, que en lóbrega prisión late vacío. El mundo es para tí campo desierto, sin límites, sin luz, triste ilusión"*. El hombre me agarró del cuello, me metió sus bigotes en la cara y se preparaba para darme un puñetazo definitorio cuando acudieron los mozos y me lo sacaron de encima.

Todo comenzó como un tosecita molesta. ¡Mucho trago y mucho cigarrillo!, me dijo alguien. Yo no le hice caso. ¿A quién le importa una tos? ¡Váyanse al diablo si creen que voy a dejar mi pisco puro y mis tres cajetillas de Inca diarias por una estúpida tos! Aunque no sé bien qué me pasa: no tengo el mismo aguante para cantar, la voz se me quiebra. Bueno, hace años que ya no cantaba en las peñas. Pero, ¡qué carajo! Cantar es mi vida. Ya no canto en público, es verdad; pero el día que no pueda cantar, me muero. ¿Para qué sirve la vida sin el arte?

Hubo, sin embargo, que ir al médico. La casera de la pensión donde vivo, insistió en que lo hiciera. "¡Detesto los médicos!", le dije. "Déjeme tranquilo". Pero, ¿cómo puede un caballero criollo resistirse a los ruegos de una mujer? Esa misma tarde tenía una cita.

La sala de espera era una pequeña habitación atiborrada de gente triste. Como siempre en los consultorios médicos, los muebles eran de ínfima calidad. Como siempre también, los cuadros eran ilustraciones de

calendarios, los mismos que se ven en las peluquerías pero enmarcados como si fueran obras de arte. Como siempre, las amarillentas revistas habían envejecido sobre la mesa y hablaban de hechos que ya eran parte de la historia o que se habían perdido en el olvido. En una de ellas, se daba cuenta de la novedad del día: el Príncipe Carlos de Inglaterra se había casado con Lady D y en cada página aparecían fotografías de los novios con caras de circunstancias. ¡Y a mí qué mierda me importan los príncipes! Viene uno preocupado para que le vean la garganta, qué carajo, y estos médicos desconsiderados lo obligan a uno a leer estupideces.

El médico me examinó con una minuciosidad cruel y aburrida. Me introdujo una cuchara en la boca, me observó la laringe con una linterna -¿acaso quería saber de qué material están hechas las cuerdas vocales de un cantante criollo?- y me dio de golpes en toda la espalda escuchando con atención, como si esperara un eco revelador. Estuve tentado de decirle que su "sonar" a golpe de dedo, no me parecía muy científico y que si se trataba de arte, mejor sonaba un cajón; pero la seriedad de su rostro me amedrentó. Preferí no hacerle ninguna broma -no la iba a entender- y lo dejé que siguiera con su juego.

Tal como me imaginaba, dijo que no veía nada especial, que dejara de fumar y que tratara de no tomar pisco que era muy fuerte sino más bien un "whiskicito" con bastante agua (¿qué se cree este zopenco? ¿Que me va a agringar a mí, a mí?). Me recetó un jarabe para la tos y me mandó a mi casa. Sólo que al momento de salir, me entregó un papel y me dijo: "Esta es la orden para que se haga usted un par de radiografías. Apenas las tenga, tráigamelas para verlas".

Ay, Hermelinda, cómo te extraño. ¡Qué lindo fue conocerte! Recuerdo esa primera vez que nos encontramos en el salón de un café, donde se oían las notas de un vals. Alguien te sacó a bailar y yo -extasiado- te vi seguir el ritmo con voluptuosidad. Tu menudo pie llevaba el compás y el salón se estremecía con los movimientos de tu cadera.

Salí a la calle, compré un ramito de flores, regresé donde ti y, sin saber siquiera quién eras, me acerqué y te entregué esa ofrenda cantándote muy suavemente el verso del poeta: *"Las flores que he cogido del jardín, las he hecho un bouquet para mi amor. Tienen jazmín del Cabo y tulipán, también claveles rojos de ilusión"*. Y tú sonreíste halagada.

Y es entonces que escuché tu voz, esa voz misteriosa, de nardo y de rosa, de luna y de miel, esa voz que haría las cosas irreversibles, que sellaría para siempre un amor sin límites: "Gracias, joven. Es usted un romántico y a mí me gustan los románticos". La suerte estaba echada. No podía ser de otra manera. Te hice bailar. Esa noche giramos y giramos y giramos, embriagados por el vals. De cuando en cuando, yo cortaba las vueltas con unos

pasitos de quimba para que no se me volviera tan europeo el baile: tenía que ser un valse y no un vals. Y tú quebrabas tu cintura, le ponías más brillo a tus ojos picarones y me hacías soñar con delicias mil.

Nos casamos el mes siguiente. Para sostener el hogar, yo trabajaba durante el día como boleterero del cine Ricardo Palma, en Miraflores (eso es un secreto entre usted y yo, porque un cantante criollo que se precia no debería haber aceptado un oficio tan prosaico). Pero cuando regresaba a casa, después de la función de noche, desde la escalera crujiente del modesto edificio le cantaba a mi amada Hermelinda: "Ábreme y no me cierres la puerta de oro". Ella sabía muy bien a lo que me refería y me esperaba sobre regios almohadones recostada, sonriendo incitante, como una bella hurí, como esas reinas de que hablan los cuentos de hadas, entre ingenua y erótica, entre esotérica y selvática. Apenas entraba en nuestra habitación, sus miradas de fuego me enloquecían y podía adivinar en su rostro de querubín o de nereida deseos que ya eran un goce para mí. El amor siendo humano tiene algo de divino, así dicen, pero el nuestro era un amor bien humano, para qué. Y nos amábamos hasta el amanecer con loco frenesí.

Te fuiste, Hermelinda, y me dejaste tan solo: "¡Qué triste, amada mía, los días amanecen, qué lentas son las horas que estoy lejos de tí".

Felipe se había aferrado al recuerdo de su esposa, con la misma desesperación con que un náufrago se prende de una tabla escasa. Pero los embates de la vida nos arrancan la tabla de las manos y la alejan hasta que se pierde en el horizonte.

Muchas veces antes, había sentido angustia cuando pensaba en lo que era la ausencia, una ausencia definitiva e irreparable. Recordaba la primera sensación de vacío que tuvo, allá en sus mocedades, cuando una incógnita compañera de asiento en el ómnibus -una cholita de rechupete- se bajó en un paradero inesperado; y, en ese instante, supo que nunca más la encontraría de nuevo. El ómnibus reinició su marcha, Felipe volteó y la vio todavía de pie en la vereda, con aire distraído, esperando para cruzar la calle y desaparecer para siempre de su vida. Una esquina más allá, el ómnibus tomó otro rumbo y lo que todavía eran unas caderas redondeadas y unos jamones bien puestos -un cuerazo, como diría un criollo- se convirtió en un simple recuerdo vaporoso que pronto desaparecería también, como la estela efímera que deja el barco después de haber surcado el mar. Ah, pero la ausencia de Hermelinda... ¡Treinta años juntos! El vacío que había dejado era atroz, como un pozo insondable en el cual no se termina nunca de caer.

Morir es desaparecer en el pasado y la única forma de luchar contra la muerte es mantener el recuerdo de la persona amada tan vivo como si fuera un presente eterno e incorruptible. Sin embargo, Felipe se sentía

acongojado que, poco a poco, incluso el recuerdo se había ido quedando atrás, se lo habían ido llevando las olas, había bajado del ómnibus empujado por la fuerza del presente y se había perdido a la vuelta de una esquina.

La segunda visita al médico fue tan odiosa como la primera. La señora que estaba sentada al frente, esperaba el turno de su hijita asmática; y cada cierto tiempo la niña ponía los ojos en blanco y tosía de manera que parecía que el pulmón saldría disparado repartiéndose en pedazos por toda la habitación. En el asiento de la derecha, una morena gorda llevaba en brazos a una negrita tan pálida que daba la impresión de que pronto la veríamos en los altares, acompañando a San Martín de Porres. La revista sobre la mesa hablaba esta vez de la carrera armamentista de la Unión Soviética, un país que ya ni siquiera existía.

La entrevista con el médico fue bastante corta. Colocó las radiografías sobre un vidrio iluminado y de pronto se vio desnudado no sólo de la ropa sino también de la piel y de todo cuanto mantiene el decoro. ¡Uy, si los admiradores de antaño hubieran visto ese indecente esqueleto, qué desilusión se habrían llevado!

-Me gustaría que se hiciera una tomografía computarizada. Eso nos dejará más tranquilos.

Más tranquilos, ¿quiénes? Quizá usted, si por tranquilidad entiende la confianza en su diagnóstico. Ciertamente no yo, que esto me comienza a poner un poco carne de gallina.

El taxi atravesaba el centro de Lima a una velocidad vertiginosa, haciendo huir a los cambistas a quienes embestía deportivamente como si fueran palitroques.

-Oiga, le he dicho que no corra tanto porque no estoy tan apurado por llegar a casa. Nadie me espera.

Pero el chofer estaba empeñado en demostrar que era capaz de superar a cuanto automóvil se le pusiera delante.

Nadie me espera, pensó. Cuando llega la vejez, ya no quedan amigos ni parientes. A Hermelinda se la había llevado un cáncer diez años atrás. ¿Y qué se había hecho de sus hermanos? Cada uno andaba por su lado con sus propios problemas y le interesaba poco el otro. Una suave melancolía le fue subiendo desde los dedos de los pies, le aflojó los músculos de las piernas, le soltó la espalda impulsándolo a arrellanarse un poco mejor en el destartalado asiento del coche, le cubrió la cara como una máscara y se apoderó de la letra de uno de los versos que cantaba en su juventud sin conocer entonces hasta qué profundidad del alma podían llegar. Una voz desde el pasado le musitó muy despacio al oído: "Solito he de

llorar, solito he de sufrir, solito yo me tengo que morir".

El taxista seguía en carrera contra todos los demás. Hizo el pase de la muerte por la Avenida Alfonso Ugarte, atravesando los cinco carriles a gran velocidad, prácticamente a ojos cerrados.

-¡Oiga, más despacio que -aunque no lo crea- no me quiero morir todavía!

En la radio, puesta a toda voz, se escuchaba ese valse que hablaba de la muerte: "*Yo no quiero una tumba, ni una cruz ni corona, ni tampoco una lágrima, que me aburre ver llorar*".

Los dos días que transcurrieron antes de tener los resultados de la tomografía podrían no haber existido, porque los había vivido como sonámbulo, sin tomar consciencia de nada; salvo la angustia lacerante de la espera que le carcomió las horas y los minutos, sin dejarlo en paz un solo instante, hasta quedar su mente en carne viva y su cuerpo como un trapo mal lavado. No recordaba nada de lo sucedido en ese lapso. En realidad, no había sucedido nada, sólo la espera de la palabra del médico...

Y entonces, la tomografía bajo el brazo, había regresado una vez más a ese consultorio impecablemente blanco donde toda la miseria humana parecía reunirse en un ambiente ofensivamente aséptico y neutral. ¡Cuántas veces había tenido antes que visitar a un galeno para desvanecer una aprehensión! Cada vez que sentía alguna molestia cualquiera, lo asaltaba la preocupación de que estaba quizá ante su última enfermedad; y acudía al médico para que le leyera su sentencia de muerte. Y cada vez el médico lo había devuelto tranquilo a su casa, declarándolo inocente; o, aún mejor, le había encontrado sólo una enfermedad menor y rápidamente curable, que le permitía entretener su inquieta mente. Pero sabía también que algún día tendría que morir como todo el mundo muere, aunque ello fuera inaceptable; y que algún día acudiría al médico y éste le diría: "Esta vez sí, ¡bingo! Le tocó el número de la lotería premiado con la suerte mayor".

Las llantas chirriaron a causa de un frenazo indispensable para no atropellar a una mujer que llevaba a su hijo cargado en las espaldas. Y en la radio, una guitarra acompañaba con un contrapunto a alguien que se desgañitaba al ritmo de un vals: "*No quiero que me entierran, no quiero estar inmóvil. ¡Oh, qué angustia tendría dentro de un ataúd!*".

El Dr. Rengifo lo había recibido esa tarde con ese mismo aire de sepulcro blanqueado que acostumbraba a tener dentro de su adusto mandil.

- "Querido amigo...", le dijo.

¿Desde cuándo era su amigo ese pelmazo indudablemente incapaz de emocionarse con un valse? Pero el

médico continuó con su insípida melodía:

-En la vida, estimado amigo -nuevamente esa amistad no deseada; alguien debería enseñarle a este mequetrefe enmandilado que toda repetición es una ofensa-, en la vida hay unos que ganan y otros que pierden. Y hoy está usted entre los perdedores. Pero no se preocupe tanto: tarde o temprano a todos nos va a tocar perder.

-Si, pero usted me está diciendo que hoy, no mañana, ni algún día, sino hoy, me toca perder a mí. Hábleme claro. ¿Qué significa todo esto?

Y entonces las palabras fatales fueron pronunciadas, con la misma naturalidad con que uno puede cantar "*Suave como el arrullo de la paloma, dulce como el trinar del ruiseñor...*":

-Tiene usted un cáncer. Lo siento. Un cáncer a las cuerdas vocales.

El taxi hizo un viraje brusco para evitar la colisión con otro vehículo que atravesaba la esquina por la calle transversal. Ambos choferes detuvieron sus autos y se pusieron a gritarse mutuamente.

-Carajo, ¿no ves por 'onde caminas?

-¡Hijo de puta! Eres tú quien me has embestido porque corres como un pedo....

-A mi nadie me menta a mi mamita, chuch'e tu madre - amenazó el zambo taxista.

-Y yo te digo, ¡negro de mierda!, que tu madre es una puta y que no sólo cobra sino que también le gusta...

Ya estaban abriendo las puertas de los autos para bajarse a dirimir por la vía de los hechos la discusión sobre los gustos y oficios de las respectivas madres cuando se acercó un policía. Inmediatamente ambos conductores pusieron en marcha sus vehículos y se alejaron. Menos mal, ¡qué sosas parecen estas discusiones callejeras cuando uno va a morir!

Muchas veces se había imaginado una conversación similarmente trágica con el médico, muchas veces había construido mentalmente la situación. Pero nunca pensó que la llegada de la muerte se produciría así, de forma tan banal, tan poco dramática, como si le anunciaran que se acabó el pisco y que es hora de cerrar el bar. La muerte debería ser algo más digno incluso que un valse, pensó.

-¿Cuánto tiempo me queda, doctor?

-Su enfermedad está bastante avanzada. Usted se ha descuidado y ha venido muy tarde...

-¿Cuánto, doctor?

-Probablemente quince días; con suerte un mes.

De manera que ése era el pronóstico: un día ya en camino, dentro de un rango de tiempo cruelmente previsible, moriría. ¡Qué poca indeterminación le quedaba! Ya sabía no solamente que moriría. Eso lo sabemos todos aunque no queramos saberlo, pensó. Pero lo terrible es que ahora sabía cómo moriría y cuándo. Quince días... A su edad, normalmente ya no le hubieran quedado sino diez años de vida; con suerte, veinte. ¿Y qué son -¡por la puta!- diez años? ¡Nada!, el tiempo de un valse bien cantado. Pero ahora le habían dicho quince días. Ese no es el tiempo ni de afinar la guitarra, ni de aclarar la voz. Al que toca y al que canta, decían, se les seca la garganta. Y pa' eso está el pisco que devuelve ánimo al espíritu y lozanía a la voz. Pero ahora ya no hay pisco que valga. Según el médico, esta sequedad de la garganta no tenía remedio, no había forma de remojarla.

Sintió ganas de protestar, de gritar a los cuatro vientos que no quería morirse. Pensó en cantar a toda voz: *"Aunque mi vida esté de sombras llenas, desdeñoso, semejante a los dioses, yo seguiré luchando con mi suerte, sin escuchar las espantadas voces de los envenenados por la muerte"*.

Pero todo estaba ya inexorablemente escrito, como en la letra de un valse triste, donde el cantor no puede inventar nada, tiene solamente que repetir. La vida, se dijo, no es la ausencia de la muerte. ¡Por la puta!, si todo el mundo sabe que va a morirse... La vida es esa loca imprevisibilidad, ese maravilloso e impredecible azar, esa libertad que construye y reconstruye los días como si la muerte nunca fuera a llegar. En cambio, ahora se sentía muerto desde ya porque todo para él estaba marcado, todo era fatal, perfectamente calculable; la sorpresa había desaparecido de golpe para dejar paso a la sordidez macabra del orden y el destino. Hay gente que cuando le dicen que tiene una enfermedad mortal hace testamento, pensó. Pero yo para qué mierda voy a hacer un testamento si no tengo un puto cobre que dejar; bueno, ni tampoco tengo nadie a quien dejarle algo.

¡Qué testamento ni qué niño muerto! Echémonos un valse para entonar las penas: *"Yo te pido, guardián, que cuando muera, borres los rastros de mi humilde fosa, no permitas que nazcan enredaderas, ni que coloquen funeraria losa. Una vez muerto, me echan al olvido, y mi existencia queda terminada; es por eso, guardián, yo te lo pido, que sobre mi tumba no permitas nada"*.

Vio su rostro reflejado en la ventanilla del taxi y tuvo la sobrecogedora sensación de que se había vuelto de golpe irremediamente viejo. *"Ayer tarde me he mirado en el espejo, pues sentía por mi faz curiosidad. Y el espejo al retratar mi cuerpo entero, me ha brindado dolorosa realidad. Ya estoy viejo..."*. Súbitamente, había sido puesto de espaldas a la vida, frente al fin del camino. Estaba rodeado de atardeceres, sin una verdadera mañana posible, sin la esperanza de ver otra vez un nuevo sol recién estrenado que se ponga a brillar rabiosamente sobre el mundo. Sólo tardes, sólo ocasos, donde todo se pone y nada se levanta. Tardes tristes, tardes tormentosas, tardes grises y aburridas, tardes como calles recorridas cientos de veces sin mirar, tardes espasmódicas como un amor joven pronto a perecer en la fría serenidad de la noche.

El taxi quedó con las llantas para arriba, como una cucaracha indefensa, luego de la feroz embestida del camión. El chofer salió arrastrándose por la ventanilla, bañado en sangre. Dentro de los escombros, perversamente enroscado, quedaba el cuerpo muerto de un viejo.

-¿Quién era?, le preguntó el policía al taxista.

-No sé. Me habló de la época en que era cantante criollo. Era un pobre viejo que ya no vivía sino del recuerdo de su juventud. Creo que estaba enfermo, porque me dijo que venía de ver al médico.

En la radio del automóvil, ilesa pese a tanta destrucción, se escuchaba una voz que cantaba a lo lejos: *"Así como he vivido al azar, al azar quiero irme..."*. Y una de las ruedas, de cara hacia ese cielo nublado de invierno, giraba y giraba al compás del valse.[®]

